

Tribuna

Elogio de los debates



GUSTAU
ALEGRET

PERIODISTA
CORRESPONSAL EN
ESTADOS UNIDOS

Muchas cosas han cambiado las primarias del pasado fin de semana en Carolina del Sur. La más notable es la resurrección política de quien fuera speaker de la Cámara de Representantes entre 1995 y 1999, y hoy serio candidato en la carrera para la nominación republicana, Newt Gingrich. Dado por muerto hasta dos veces desde que empezó la contienda, Gingrich es un ejemplo de la importancia que tienen los debates electorales en democracia, a pesar de que aún hay políticos (y políticas) que lo nieguen.

Hace tan sólo una semana, el considerado candidato oficialista del partido republicano, Mitt Romney, lideraba en solitario la carrera hacia la nominación y su estrella parecía imbatible... hasta el debate del jueves en la CNN. Durante las casi dos horas de programa, Romney estuvo poco brillante y confuso en algunos casos, a diferencia de los otros dos candidatos con opciones que quedan, Newt Gingrich y Rick Santorum (Ron Paul es una anécdota de color en esta carrera). Tanto Gingrich como Santorum se mostraron seguros y coherentes. Los dos llegaron con la lección aprendida y sus objetivos a batir claros: Romney y Obama. El debate fue sin duda una muy buena oportunidad aprovechada por ambos para mantener sus opciones en la carrera, sobre todo Gingrich, quien tras una larga vida política y unas maneras de profesor universitario, conoce a la perfección el arte del debate y la dialéctica.

Según las encuestas a pie de urna de medios estadounidenses, para casi dos tercios de los votantes de Carolina del

Sur los debates fueron un factor importante para decidir su voto, de los cuales, la mitad optaron por Gingrich por considerar que su actuación había sido particularmente buena.

No es la primera vez que desde que comenzó la carrera por la nominación republicana, un debate hunde o ensalza a un candidato. Pasará a la historia el memorable momento del ahora ya retirado de la contienda Rick Perry, gobernador de Texas, quien el 9 de noviembre fue incapaz de enumerar las tres agencias gubernamentales que se proponía cerrar si llegaba a la Casa Blanca. Este error fue suficiente para que muchos lo consideraran poco preparado para ser presidente.

La historia no es nueva. En 1960, un joven senador de Massachusetts llamado John F. Kennedy cambió el curso de las elecciones gracias a su telegénico papel en el debate electoral contra un experimentado vicepresidente Richard Nixon, quien ninguno de los otros dos candidatos del debate, constándole la elección que para muchos estaba garantizada. O cuando en 1984, la edad del entonces candidato Ronald Reagan (73 años) se convirtió en un tema de campaña

para cuestionar su elección. Reagan lo zanjó en un debate con el conocido «quieto que sepan que no pienso hacer de la



edad un elemento de campaña para sacar rédito político contra la juventud e inexperiencia de mis contrincantes». Ganó.

Son un espectáculo útil que permite a los candidatos explicarse y a los electores votar con conocimiento

Los debates son un espectáculo útil que permite a los candidatos explicarse y a los electores votar con conocimiento de causa. En Estados Unidos, las normas de los debates televisivos garantizan el orden de las preguntas y respuestas con la suficiente flexibilidad para dejar fluir los temas y las réplicas, y sobre todo, para permitir una in-

teresa interacción con el público presente que aplaude, abucea, reclama más concreción a una respuesta o más tiempo para que un candidato se explique, marcando en cierto modo el ritmo de las exposiciones y condicionando el contenido. El exspeaker de la Cámara de Representantes estuvo sólido el jueves y consiguió una sólida victoria el sábado contra el pronóstico de hace tan sólo unos días. Puede que acabe no ganando la nominación, pero su éxito en Carolina del Sur revitaliza el debate como una herramienta que garantiza la democracia real.

■■■
@GustauAlegret

LINEA ABIERTA

El Gobierno revisa el rumbo



ANTONIO
PAPELL
Periodista

El Gobierno del PP, formación que tanto criticó al anterior Ejecutivo por sus improvisaciones, no ha tenido más remedio que rectificar sus planes sobre la marcha, dado lo fluido de la situación. No sólo Rajoy se ha visto obligado a incumplir clamorosamente uno de los puntos más notorios del programa electoral, que consistía en no subir impuestos, sino que la rectificación estratégica habrá de ir mucho más allá, una vez constatado que la economía española ha recaído en la recesión.

como recordaba Montoro en una entrevista, «cuando Bruselas estimó que España debería reducir el déficit al 4,4% [al final de 2012] era porque preveía un crecimiento del 2,3%. En este escenario suponía que se incrementaría la recaudación fiscal, pero en un escenario de recesión significa que los ingresos fiscales de nuevo van a disminuir». En otras palabras, el ministro de Hacienda confirmaba unas declaraciones realizadas poco antes por él mismo a la prensa económica alemana, que merecieron el desmentido de la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría: España espera que no tener que realizar el colosal ajuste que se le exigía cuando se suponía que la recesión había quedado atrás.

Montoro, que ha negado cualquier otra subida de impuestos, ha descartado sin embargo que España confeccione un escenario propio y queda por lo tanto a expensas de lo que se negocie en Bruselas. Pero recuerda en cualquier caso que la deuda española sigue siendo muy baja en comparación con la italiana (120% del PIB) y la alemana (90%). Todo indica, en definitiva, que nuestro país planteará, y probablemente conseguirá, unas mejores condiciones del plan de estabilidad que habrá de conducirnos al cumplimiento de la convergencia. Para lograrlo, España, que ya tiene su «regla de oro» en la Constitución, ofrecerá a cambio, además del recorte ya realizado, el conjunto de las reformas estructurales que Rajoy quiere ultimar en el consejo de ministros del 17 de febrero, acortando por tanto el plazo que inicialmente se había dado el Gobierno, hasta el fin del primer semestre.

También este pasado fin de semana, el Ejecutivo, que se mantiene sobre el filo de la navaja de la descoordinación porque todos los ministros hablan de todo, ha dado una pista sobre cuál será la filosofía europeísta del nuevo gabinete. García-Margallo se manifestó partidario de la mutualización de la deuda pública [huye del término 'eurobonos'] para convencer a los mercados de la firme voluntad del Eurogrupo de sostener el euro. Una mutualización que «tiene que hacerse en dos fases. Primero, la cesta de bonos que ha propuesto Durao Barroso, que es una responsabilidad conjunta pero no solidaria pues cada uno responde de su parte y algo más que su parte. Y, cuando sea posible, cuando se haya producido la convergencia fiscal, pasar a una responsabilidad solidaria». Ésta es la teoría, que tiene visos de ir ganando espacios como tabla de salvación del Eurogrupo.